

Dr. René Louvel Bert

Clase inaugural de Patología Estomatológica (*)

Señor Rector de la Universidad, señor Director, señor Decano, señores Profesores, colegas de la Facultad, jóvenes alumnos:

Antes de iniciar la lectura de mi primera lección inaugural de *Patología Estomatológica*, permitidme ser sincero conmigo mismo, al dar a los distinguidos miembros de la Facultad de Odontología y al Honorable Consejo Universitario, la expresión más sentida de agradecimiento por el inmerecido honor de que han hecho objeto a mi modesta persona, al depositar sobre mis hombros, la pesada carga de la responsabilidad de la cátedra de Patología Estomatológica; al mismo tiempo que expreso emocionado la palabra dulce del reconocimiento, hago la formal promesa, ante mis profesores, colegas y alumnos, al decirlos, con absoluta franqueza, que pondré todo mi entusiasmo y dedicación en este ramo, que ha sido el preferido en el curso de mis estudios y en el de mi carrera profesional y docente, por ello, estimados colegas de la Facultad, os lo aseguro, no os defraudaré y, antes de continuar, gracias una vez más.

(*) Clase inaugural dictada en la Escuela Dental de Concepción el 21 de junio de 1941.

* * *

En abril de 1922 dictaba, por primera vez, su curso de Patología Estomatológica el malogrado profesor Doctor Elías Rojas Torres (Q. E. P. D.) y en aquella ocasión, nos tocó en suerte ser sus primeros alumnos. Debo decirlo hoy, con la tranquilidad que dan los años y la serenidad de la experiencia, ese venerable maestro, desde su primera clase, supo captar con su bondad y gentileza, el corazón de sus entonces jóvenes alumnos. Continuó el profesor Rojas dictando su cátedra por espacio de casi veinte años y siempre, con el mismo entusiasmo que, en más de una ocasión, hubiésemos querido tener nosotros. Solo poco antes de su fallecimiento, no pudo concurrir con su habitual regularidad a los cursos y, ello constituyó para él una de sus más grandes preocupaciones.

Cuando fuí designado el año pasado para reemplazarlo temporalmente, durante su enfermedad, me recomendó, una y muchas veces, a sus alumnos y para cada uno de ellos, tuvo frases preñadas de cariño, fué más que un maestro fué un guía, fué un consejero, fué, permitidme usar la frase tan manoseada, pero, que en esta ocasión es precisa, fué para sus alumnos un padre espiritual.

Pero, su organismo se fué poco a poco debilitando por los quebrantos físicos de una vida entera dedicada, con santo apostolado, a la profesión que tanto admiraba y, por quebrantos morales, al perder, hace algunos años a su esposa y luego a una de sus hijas, todo ello contribuyó en ese hombre que, a pesar de su exterior serio y terco, tenía un corazón de sensibilidad exquisita, a ir poco a poco minando su preciada existencia.

Ha sido elegida esta ocasión de mi primera clase para hacer revivir en el corazón de los estudiantes, la memoria de este venerable y justo anciano distinguido y abnegado maestro, ejemplo de cumplimiento de sus deberes, como catedrático y como ca-

ballero; y por ello; antes de continuar, os pido nos inclinemos reverentes unos instantes, como en testimonio elocuente de que las generaciones jóvenes saben valorizar y apreciar en su justa medida a todos aquellos venerables profesores que han ido formando la tradición universitaria y científica en nuestro Instituto; en este momento solemne es el mejor homenaje que podemos hacer, con profunda sinceridad, a la augusta memoria del profesor Rojas.

* * *

En el mes de diciembre del año 1920 al abandonar los viejos corredores del Seminario Conciliar de nuestra ciudad, donde continué mis estudios, iniciados en el Colegio de los Reverendos Padres Franceses, en ese viejo Seminario, donde transcurrió la última etapa de mi formación humanística, bajo la égida de distinguidos profesores, hube de encarar el primer problema serio de mi vida, no diré la elección de la carrera a seguir, tiempo ya la tenía elegida, sino el ingreso a la Universidad que, es para todo joven egresado del curso humanístico, un paso, en ese momento, considerado de gran trascendencia.

Irían quedando atrás los compañeros del colegio, los amigos de la infancia que se diseminarian en las diversas actividades, había que arrostrar con denuedo y valentía una vida nueva, nuevos maestros y amigos nuevos. Permitidme evocar con veneración y respeto, al mismo tiempo que profunda gratitud, las figuras de aquellos que contribuyeron a formar en mí el espíritu del estudio con su ejemplo y sus enseñanzas, a aquellos que supieron, con la sabiduría de sus lecciones, infundir en mí la loca inquietud de saber un poco y, al mismo tiempo de convencerme, como el filósofo, que cada día sabía menos que el anterior, y por ello, por esta dulce inquietud que les debo, por el gran bien que me han hecho, no sabré como agradecerles.

De mis profesores de los tiempos de la vieja Escuela Dental, algunos de ellos nos acompañan en estos instantes y continúan

laborando en las pesadas tareas de la docencia universitaria, otros se han retirado y, los hay también, que han emprendido el viaje sin retorno, de que nos habla el poeta.

Evoco en estos instantes con sentimientos de profunda gratitud y cariño a mis dilectos profesores de Anatomía y de Histología los distinguidos maestros doctores Ladislao Labra Letelier y Guillermo Grant Benavente; de Patología General al doctor Enrique González Pastor, de Fisiología al doctor Víctor de la Fuente, de Prótesis al doctor Pedro Valenzuela; nuestro malogrado profesor Rojas, a quien ya me he referido y, también junto a él, debo colocar la venerada memoria del doctor Osvaldo Figueroa, catedrático de Bacteriología y del doctor Ernesto Fischer Klein, quien guió mis primeros pasos vacilantes en el terreno de la Cirugía Bucal; también mi palabra de agradecimiento unida de emoción, para mis queridos profesores los doctores Serapio Carrasco Peña y Arturo Gigoux Lazo, quienes iniciaron mis primeros pasos en las clínicas de Operatoria y Coronas y Puentes; a todos la expresión sincera y emocionada de agradecimiento.

Debo citar también, en estos instantes, el nombre de un amigo de cursos anteriores al mío quien, con su entusiasmo juvenil y su afán de estudiar, contribuyó en gran parte a formarme, me refiero al incomparable compañero el doctor Roberto Contreras Stark, para él vaya la palabra agradecida y sincera de cariñoso recuerdo.

Pero, no sería justo, si no recordara en forma especialísima a mi profesor el doctor Ottmar Wilhelm Grobb, de quien fuí su ayudante por espacio de once años y, a cuya sombra, fuí forjando, poco a poco, mi vida científica; supo entusiasmarme e interesarme de verdad en los complejos misterios biológicos y convencerme, al mismo tiempo, que el dentista moderno no puede vivir ajeno a los múltiples problemas vitales, encastillándose en el estrecho campo de la pétreo estructura dentaria, sino que debe ver más lejos, porque el horizonte que se presenta

ante sus ojos, es ilimitado en posibilidades de interés práctico y científico, para este hombre de estudio, para este amigo de gran cultura, para este maestro, vaya mi palabra de agradecimiento y admiración.

Después, colegas y alumnos, de haber evocado en este breve caleidoscopio a mis profesores de la Universidad, permitidme también tener una frase de recuerdo y gratitud para los que guiaron mis primeros pasos en los cursos preparatorios, los sacerdotes de los Padres Franceses y, en los estudios humanísticos, mis profesores del Seminario, para quienes tengo en mi corazón, un sitio de gratitud y recuerdo.

He hablado de aquellos que contribuyeron a formar la parte intelectual de mi modesta personalidad, y, ahora permitidme decir dos palabras, henchidas de filial cariño, para aquéllos que formaron en mí la parte emotiva y sentimental, los que modelaron, con sus enseñanzas y sus ejemplos, mi corazón de niño y de hombre, para mis padres sea la gran palabra de admiración, cariño, reconocimiento y gratitud.

* * *

La Patología Estomatológica es aquélla rama de la Medicina General que enfoca en su estudio el panorama sistemático de las enfermedades de la boca. Para ser esquemáticos en nuestro curso, la dividiremos en *Patología dento alveolar* y *Patología Estomatológica propiamente dicha*.

En la Patología Dento-Alveolar estudiaremos las lesiones que atañen directamente al diente y, por consiguiente, al alvéolo y tejidos de sostén, que constituyen su esfera de relación directa con el organismo en general y veremos aquí los dos grandes procesos nosológicos que interesan esta región: la *Caries Dentaria* y la *Paradentosis*.

En el desarrollo de nuestro curso de Patología Estomatológica

propiamente dicha, tomaremos las demás lesiones y procesos nosológicos de la boca, desde los labios al cavum faríngeo.

Antes de hacer la breve reseña histórica de la Patología Estomatológica, que es el tema de esta lección, permitidme decir algunas palabras, en general, del concepto que nos merece nuestra Patología.

Hay, desgraciadamente, aún en nuestros días, dentistas que están convencidos que su labor se halla enfocada solamente al tratamiento de los dientes y, al obrar en esa forma, los consideran tácitamente como tejidos, si pudiéramos decir, aislados de la economía sin tomar en cuenta el organismo entero y sólo orientan su labor a hacer obra estética o funcional, al efecto oigamos al doctor *Newman*, Decano de la Escuela Dental de la Universidad de Nueva York quien nos dice:

«Afirmar que la estética es la única atribución de la Odontología, es tanto como comparar la Dermatología con la Cosmetología y con los salones de belleza. Decir que la Odontología es un arte mecánico, un oficio de joyeros, es tanto como olvidarse de que, según el criterio moderno, tiene aquélla que resolver numerosos problemas biológicos y médicos. En este sentido la Odontología comparte por igual las responsabilidades y los deberes que recaen sobre otras ramas de la Medicina, como también disfruta del privilegio de impartir sus servicios en bien de la salud pública. Y, es aquí donde son ilimitados los servicios de la Estomatología».

Así, señores profesores y alumnos, las clases médica y dental, deben tener presente el auge que ha tomado la Odontología en los últimos años, el arte dental ha llegado a su período de madurez y ha ocupado el lugar que le corresponde, como una especialidad de la Medicina y de la Cirugía; la Odontología, al decir de uno «es una rama de la Medicina que se ocupa de la boca sana y de la enferma».

Pero, para ello, es indispensable desterrar el anticuado principio, que la labor primordial del dentista es la de tratar las

enfermedades de los dientes y debemos establecer la doctrina que uno de los deberes ineludibles del dentista, es el de practicar el examen inteligente y sistemático de la boca de sus enfermos, pero, para ello se precisan conocimientos anatómicos, histológicos, biológicos etc., y, en segundo lugar, es necesario que el dentista aprenda a estudiar no sólo los tejidos de la boca, sino también al paciente mismo.

No debemos olvidar que la cavidad bucal no es más que una parte de un todo, una parte integral e inseparable del complicado engranaje de nuestro organismo.

«El arte es largo, la vida es breve; la ocasión, fugaz, el experimento, peligroso, el juicio, difícil, el organismo viviente es un todo armónico cuyas partes, cualquiera que sea el asiento primitivo del mal, lo transmiten las unas a las otras. La vida es un círculo del cual no podemos conocer el comienzo. Todo es principio, todo es fin, todo concurre y todo influye». Tales los términos lapidarios de la antigua sabiduría que encierra la escuela Hipocrática?

El dentista moderno debe estar convencido que su misión es ocuparse, no sólo del problema biológico del trastorno funcional o de la enfermedad estructural de ciertos órganos o tejidos de la boca, sino también del problema médico o quirúrgico de un órgano especializado en el cual se manifiesta algún trastorno general del organismo. El dentista que desea hacer clínica, debe estudiar la boca del paciente, con un criterio médico y biológico más amplio, que echa por tierra el antiguo concepto que, el dentista sólo debía ocuparse de tratar la carie, haciendo una obturación elegante o reconstituyendo la fórmula dentaria, por medio de una prótesis adecuada.

El Doctor *Dean* de la Universidad de Tennessee nos dice lo siguiente:

«Si queremos hacer de la Odontología una verdadera especialidad de la Medicina, que ocupe el lugar que le corresponde en la prevención y en la curación de las enfermedades, debe

« darse al especialista de la boca la instrucción necesaria en el « estudio del diagnóstico » ».

Por otra parte, no debemos olvidar que en la boca pueden presentarse frecuentemente manifestaciones de enfermedades generales y locales y, en cualquier caso, el dentista está obligado a reconocer dichas manifestaciones, como estados patológicos y, si no puede arribar a un diagnóstico positivo, por lo menos, poner en guardia a su enfermo para salvar una situación que, por ignorancia o prejuicio, en muchas ocasiones, al no consultar a otro colega o a un médico, puede ser de fatales consecuencias para el enfermo.

Por ello, debe existir siempre un entendimiento perfecto con el médico general, el laboratorista y el cirujano, y, en esa forma, con un criterio moderno, ocupará, estoy seguro, la Odontología de este siglo, el lugar que reclama, con justísima razón, en el concierto de la Medicina General.

* * *

Jóvenes alumnos, por estas ideas generales que habéis oído, estoy seguro habréis comprendido perfectamente la importancia del ramo que hoy iniciamos, pero, para dar feliz término a nuestro cometido debo exigir os entusiasmo y dedicación, espíritu de estudio y sacrificio; las diferentes etapas de la vida de un hombre van siempre aparejadas al dilema: renunciación o sacrificio; si bien es cierto, la vida del estudiante, es la que se encuentra más lejos de estas crudas realidades, porque lleva uncida a su yugo la juventud, la ilusión y el entusiasmo, no os dejéis arrastrar del ritmo loco de la alegría, sin pensar en lo trascendental y por ende humano, sin pensar en la realidad, por ello, haced el propósito de matizar las horas de despreocupación y de jolgorio, con las del estudio y la disciplina científica, porque si bien es cierto, jóvenes alumnos que *Murri* nos dice:

« Los hombres de hoy y quizás los de mañana tienen la ne-

«cesidad de una virtud muy ardua: la resignación a la ignorancia», no debemos olvidar tampoco la frase sublime del inmortal Goethe: «El error nunca nos abandona, sin embargo, un anhelo superior atrae gradual e insensiblemente al espíritu estudioso hacia la verdad».

BREVE RESEÑA HISTÓRICA DE LA PATOLOGÍA ESTOMATOLÓGICA

La historia de la Patología Estomatológica puede decirse, no sin razón, que se confunde con la de la Odontología y, ésta, con la de la civilización.

La historia de la Patología Estomatológica, en sus comienzos, estaba incluida en los conocimientos de la Medicina General y, como esta ciencia, vagaba en una especie de vitalismo, en concepciones puramente empíricas, en las que aún los procesos más elementales no tenían sino un sustratum a base metafísica, la Patología, siguió el mismo camino.

Numerosos sabios, historiadores clásicos, escritores y hombres de ciencia en general, se han preocupado de estudiar la evolución de esta importante rama de la Medicina.

Arqueólogos ilustres han hecho estudios especiales en las ruinas de las primitivas y grandes civilizaciones de Egipto, Palestina, Galia, Etruria y Roma. El documento más antiguo que se tiene es el *Papirus de Ebers*, que se calcula fué comenzado 3700 años antes de Cristo y descubierto en Luxor en el año 1873 por el doctor *George Ebers*. Algunos egiptólogos, como *Lepsius*, opinan que no es una obra original, sino una recopilación de obras más antiguas; es un compendio médico, escrito en jeroglífico en su introducción, pasando luego al usual de los sacerdotes, el hierático.

Cita numerosos procedimientos curativos para los «uxedu» (abcesos) y la piorrea, que es tratada con agentes «tan estupendos» como la tierra de plomo verde, polvos de cuarzo y miel, en partes iguales.

Herodoto de Halicarnazo, 450 años antes de Cristo, atestigua que en su época existían en Egipto, centro de la civilización oriental, numerosos médicos especialistas para las diferentes enfermedades, entre ellas, las de los dientes.

El doctor *Fouquet*, en observaciones sobre momias, ha encontrado huellas de las intervenciones de estos especialistas dentales, que eran diestros modeladores e imitaban con facilidad los dientes por medio de cera, madera o sustancias terrosas.

Entre los hebreos fué también muy estimado el cuidado de la dentadura. En las momias antiguas egipcias se ha logrado encontrar algunas con dientes artificiales, pero, esto es indudablemente un error atribuible a que los cadáveres embalsamados de aquellos tiempos, se les recubría la lengua y los dientes con delgadas hojas de oro. No quiere decir esto que los egipcios carecieran de medios odontológicos compatibles con su época; pues, contra eso está la existencia de un cráneo etrusco en el Museo de Orvieto en el cual se encuentra un diente movable firmemente sujeto a sus vecinos por un alambre de oro.

Se puede suponer, aún cuando no existen pruebas para ello, que, en aquellos tiempos ya se ponían dientes artificiales, dedúcese esto del hecho que, como castigo se quitaba un incisivo al que delinquía, pero, si, por casualidad se caía uno de estos dientes por carie, para evitar el estigma y la deshonra, se colocaba otro artificial.

De los hebreos se sabe que Moisés al conducir por el desierto al pueblo elegido hacia el país de promisión, instituyó leyes penales, para evitar las graves contaminaciones que tanto asolaban a las gentes esclavas. Estas leyes se referían a la alimentación, a los vestidos y a la limpieza del cuerpo; en estas medidas higiénicas quedaban incluidos los cuidados de los dientes y con gran detalle. Una aclaración de esto puede encontrarse en el dato que los antiguos hebreos poseían una buena dentadura, lo cual, a causa de las diferencias de las razas y ausencia de la

carie sólo podría comprenderse, teniendo presente los cuidados de los dientes.

Moisés decía en una parte de la legislación creada por él: « Cuando haya perjuicio de tercero se pagará vida con vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, estigma, por estigma, contusión por contusión y si cualquiera golpea a su criado o criada y le lesiona el ojo, debe sufrir la pérdida de uno de los suyos. Y, si al maltratar a su criado rompe o lesiona un diente de estos siervos, debe sufrir la pérdida de uno o varios dientes».

Es admirable observar la importancia extraordinaria que se concedía a la integridad de las arcadas dentarias, en forma tal, que la pérdida de un diente se comparaba a la de un ojo. Es notable también, que al cabo de miles de años, persiste la misma idea llegando a valorizar actualmente la importancia de los dientes para toda la economía.

En la antigua Grecia, al parecer, dominaban las buenas dentaduras, al revés de lo que sucedía con los antiguos egipcios, al menos debemos sacar esta deducción, pues, dado lo poco que en aquel tiempo se escribió sobre el tratamiento de los dientes, no es factible tener una certeza absoluta.

Los medios usados para corregir y evitar los dolores dentarios eran empíricos, se hacía ayunar a los pacientes y orar ante los dioses, asimismo se intentaba alejar o suprimir el sufrimiento, mediante la contemplación de las obras de arte y la audición de trozos musicales.

El doctor *Lombros* asegura que en antiguas tumbas griegas se han encontrado dientes orificados y obturados con plomo. Excavaciones antiguas han evidenciado que los etruscos y fenicios no ignoraban los medios de substituir los dientes perdidos por otros artificiales unidos a los naturales por medio de hilos de oro u otros materiales.

Los maxilares prehistóricos observados por *Boucher* y *Garrigou* presentaban dientes cariados. Los egipcios y hebreos ya

conocían la carie dentaria y uno de sus tratamientos para el dolor era el de aplicar la cauterización con brasas al rojo en las sienes de los enfermos.

Con *Hipócrates* más o menos 450 a 355 años antes de Cristo, empezó una verdadera revolución en la Medicina y en el Arte Dentario y, por lo que a este último se refiere, lo principal fué la práctica de las extracciones de las piezas dentarias enfermas. Algunos autores sostienen que en la época griega fué *Esculapio* quien inventó un instrumento para extraer dientes. Pero, parece probable que sólo se extraían los dientes movedizos, pues las pinzas extractoras, conservadas en el templo de Delfos eran de plomo.

Concede *Hipócrates* gran valor a la limpieza dentaria e indica los siguientes polvos dentífricos, en los cuales, a la acción mecánica se une la influencia mística: «Una cabeza de liebre carbonizada o calcinada y otras tres de ratón, en la misma forma se reducen a polvo».

Como resultado de la falta de aseo dentario describe padecimientos de graves consecuencias y menciona lo siguiente: « Si en caso de gangrena dentaria se presenta fiebre y delirio, « la lesión suele ser mortal. Si el enfermo se salva, se produce « una úlcera y el trozo de hueso cae o se desprende». Y, casuísticamente confirma esta idea con el ejemplo siguiente: «El hijo « de Motrodoros sufrió una cauterización del maxilar por efecto « de fuertes dolores dentarios. El sitio cauterizado supuró fuertemente. Los dientes y el hueso se perdieron».

Ya en esa época *Hipócrates* refiriéndose a la erupción de los dientes dice que siempre que esto acontece en un niño se acompaña de accidentes generales. Este mismo autor refiriéndose a la carie dentaria dice: «En cuanto a los dolores de dientes si ellos « están gastados o se mueven hay que arrancarlos. Cuando ni « están gastados ni se mueven y se siente dolor, hay que des- « carlos aplicándoles fuego, también son buenos los mastica- « torios. Dichos dolores provienen de que la «pituita» se apoya

« sobre las raíces de los dientes. Estos son roídos y devorados
 « algunas veces por la pituita, otras veces por restos de ali-
 « mentos, cuando los dientes son blandos, mal ordenados, for-
 « mando intersticios donde vienen a detenerse fibras de carne».

Hipócrates designa a la estomatitis cremosa o muguet con el nombre de «afta lactecente» y, en general, bajo la denominación de «afta» designa todas las afecciones de la mucosa bucal que se traducen «por una viva quemadura».

La más remota indicación de los conocimientos médico-dentarios de los romanos se encuentra en las leyes de las doce tablas, en una parte, entre otras cosas, dice: «Aunque no se ponga nada de oro (en el cadáver), deben unirse los dientes con ese metal y con éste, al enterrarlo o quemarlo no se cometerá ninguna falta de respeto, ningún sacrilegio».

Según *Goist-Jakobi*, entre los antiguos romanos, es donde tenemos que buscar a los verdaderos fundadores de la Odontología; principalmente, se debe un gran progreso al maestro de la época de Jesucristo llamado *Cornelio Celsus*, este dedicó en su valiosa obra *De Re Medica* un capítulo especial a la Patología y Terapéutica Bucales, asuntos que, hasta entonces, habían estado confundidos en La Medicina General. *Celsus* fué el primero que rellenó los dientes cariados y aconsejaba introducir en la cavidad un trozo de algodón, para suspender el progreso de la enfermedad...

En ese tiempo ya se buscaba la explicación de la carie y así *Scribonius Largus*, más o menos 50 años antes de Cristo, pensaba que era debida a la acción de gusanos que corroían la substancia de los dientes, *Ebn Sina* era de la misma opinión; como se ve era una teoría parasitaria en boceto.

Otro de los precursores de la Medicina y de la Patología Estomatológica actuales, fué *Claudio Galeno* de 131 a 211 años antes de Cristo; médico uno de los más famosos de su tiempo, proporcionó datos muy interesantes acerca de la Anatomía y

de la Patología Bucal y distinguió en las enfermedades de los dientes, las lesiones de la pulpa de las del periodonto.

Por propia experiencia escribe: «Cuando en un diente doloroso siento claramente las pulsaciones, se trata evidentemente de la inflamación de las partes blandas. Pero, es admirable para mí, que un diente se pueda inflamar. Cuando además de los dolores dentarios, propiamente dichos, percibo claramente que no es el diente el único causante de las molestias, entonces hay que culpar a la encía inflamada. Merced a todo esto conozco bastante bien el sitio de donde procede el dolor, si es del mismo diente o si es de la encía». Bajo el nombre de encía, comprende este autor, toda la periferie del diente, es decir, nuestro actual ligamento o periodonto; también para la conservación de la dentadura aconseja polvos y aguas dentífricas. Refiriéndose a la etiología de la carie expresa: «La falta de alimentación hace los dientes más frágiles, rompibles «y débiles: en exceso causa inflamación». Al igual que *Hipócrates* designa con el nombre de «afta lactecente» a la estomatitis cremosa.

Algunos historiadores citan a un especialista dental que ejerció su profesión en Roma en el siglo I de la Era Cristiana, *Casellius*, hacen la descripción de su gabinete, montado rudimentariamente y con muchos artefactos y adornos; lo citan como un dentista célebre en el Imperio y que llegó a tener tanta fortuna, que gozó de las prerrogativas sociales de un Senador.

Por otro lado, *Horacio* en sus *Sátiras*, *Marcial* y *Juvenal* en sus *Epigramas* hacen alusiones festivas a los dientes artificiales usados por las cortesanas del César.

Pueden, en general, considerarse a los romanos como los verdaderos precursores de la Patología Estomatológica y de la Odontología.

Respecto a la etiología de la carie dentaria en el año 636 *Paul de EGINE* habla, por la primera vez, de la acción de los ácidos en la producción de la carie.

En la Edad Media, poco prosperó la cultura y la ciencia en

general, debido al papel preponderante que tuvieron en esa época las invasiones bárbaras, las luchas guerreras y la formación y cimentación de nuevos pueblos. Pero, a pesar de todo, florece y brilla la civilización árabe en Córdoba y Bagdad, allí encontramos de nuevo, especialistas dentales con mayores conocimientos científicos y con instrumentos más adecuados, reemplazaban los dientes perdidos por dientes tallados en marfil y unidos a los naturales, por medio de hilos de oro. En esa época, la terapéutica dentaria se enriqueció por la introducción debida a *Abulkasa*, de la supresión de los dolores dentarios por el hierro al rojo, probablemente se refería a la cauterización de la pulpa dentaria y *Rhazes*, introdujo el arsénico, para la destrucción de las ulceraciones gingivales y de la mucosa bucal.

Es en la Edad Moderna donde obtiene la Estomatología nuevos progresos, debidos principalmente a la divulgación de la cultura en general por el descubrimiento de la imprenta y del valioso medio de la investigación científica, el microscopio en el año 1590. La propaganda rápida de los conocimientos, del pensamiento de los sabios, estimuló el interés de la investigación.

En el siglo XV en Italia, *Juan Arculanus* marca una época de progreso en el tratamiento conservador de los dientes al aconsejar, con gran insistencia su conservación, fué el primero en practicar las orificaciones con este objeto.

Ambrosio Pare comparó la carie dentaria con la carie ósea. *Musitanus* en 1714 encuentra parásitos en los dientes cariados. *Krautermann* en 1732 vuelve a las ideas de *Hipócrates* y habla de la «linfa acre» y *Plaff* supone que los residuos alimenticios que permanecen entre los dientes pueden producir la carie y, por último, sobre este mismo asunto *Bourdet* en 1757 recoge la teoría de *Hipócrates* con ideas etiológicas más precisas diciendo lo siguiente: «La dureza de los dientes parece debía hacerlos menos susceptibles a las enfermedades que atacan particularmente los cuerpos óseos; sin embargo, vemos que esos pequeños huesos son los más sujetos a cariarse y la razón es sensible,

« Su tejido es mucho más compacto que el de los demás huesos;
« sus vasos están, por consiguiente, más estrechados; de ahí
« que se formen más fácilmente obstáculos y obstrucciones
« sobre todo cuando la impresión del frío llega a ciertos puntos,
« o cuando las fibras óseas se hundan por cualquier esfuerzo
« que sea. Si los jugos que acarrear los vasos dentarios son de-
« masiado espesos se paran y se corrompen por su estancamiento;
« pronto afectan al diente. Si estos jugos están ya viciados, el
« diente se daña más pronto, según el curso de las impresiones
« exteriores o según que el diente mismo, al organizarse o al
« osificarse, se haya encontrado por constituido. Cuando se
« deteriora un diente, el homólogo del lado opuesto se daña
« también, casi siempre poco tiempo después en el mismo sitio
« y con la misma simetría. Esta especie de simpatía me parece
« tener una causa muy natural y muy sencilla. Como todos los
« dientes homólogos se osifican juntos, de ordinario y siguen los
« mismos progresos, son susceptibles a las mismas impresiones
« exteriores y a las mismas obstrucciones; por eso, durante la
« osificación el germen de la enfermedad común a los dientes
« de un mismo orden ha sido llevado a los mismos sitios».

En el siglo XVII *RYFF* escribió una obra de Medicina Dentaria compuesta de tres partes: 1.º *Sobre los ojos*, 2.º *Sobre los dientes* y 3.º *Sobre los dientes de la primera dentición*. Llama la atención en este trabajo, sobre la dependencia o relación entre las enfermedades oculares y las dentarias y también, acerca de las desventajas de poseer malos dientes, con energía e insistencia dignas de aplauso procura perfeccionar la higiene popular, pues, aconseja, una y otra vez, el cuidado de la boca.

El nombre de *Eustaquio* que vivió en el tiempo de *RYFF* va unido a la Anatomía y Embriología Dentarias, según él, los dientes se desarrollan a merced del saquito dentario y los definitivos no proceden de la raíz de los primeros, contra lo que entonces se pensaba, sino que de un germen especial. Distingue varias substancias dentarias y llama la atención sobre el cemento que recubre el diente, a modo de corteza; el interior del diente, según su

opinión, estaba ocupado por la pulpa «tan rica en nervios». También escribió acerca de las anomalías dentarias y mencionó un caso de cuatro denticiones.

Es imposible detallar los progresos de toda la investigación científica de aquellos tiempos, sólo citaremos a *Higmore* (1613-1684) quien descubrió que el maxilar superior no era sólido sino que estaba provisto de una cavidad.

Por aquella época *Leuwenhook* aplicó el perfeccionamiento del microscopio a la Histología y a él se deben conocimientos de la Anatomía estructural de los dientes, dignos de estima.

Podemos decir, en general que desde un principio la Medicina repudió los procedimientos cruentos ya que el médico jamás intervenía directamente en el enfermo en que hubiese derramamiento de sangre; el médico tenía sus manos limpias y puras, él sólo observaba y ordenaba lo que se debía hacer a un practicante el cual ejecutaba la intervención directa que el médico consideraba despreciable y que sólo atañía a esa gente práctica y de escasa o rudimentaria cultura. Así es como nacieron los «flebotomos», el médico prescribía y el flebotomo ejecutaba: hacía sangrías, extraía muelas etc. La Facultad de Medicina de París no enseñaba nada relacionado con la Patología Quirúrgica, sólo en los tiempos de Napoleón y, después de largas y acaloradas discusiones, se aceptaron los métodos, es decir solo entonces podríamos decir que en verdad, nació la Cirugía.

Bajo el punto de vista especial de la Odontología y de la Patología Estomatológica en el siglo XVIII se dió en Francia un gran paso adelante principalmente debido a *Pierre Fauchard* quien debe, en realidad ser honrado con el título de fundador de dichas ramas de la Medicina General. Este autor, estableció los verdaderos cimientos de la Anatomía, Fisiología, Patología y Terapéutica Dentarias en su memorable obra *Le Chirurgien Dentiste ou Traité des Dents*, sobre este eje se construyó el carro de la Odontología, que pronto recorrió todos los países civilizados, hasta llegar a la actual Medicina Dentaria, incompleta, pero ya

bastante firme en sus conocimientos. Este mismo autor estudió, con cierto detalle, la paradentosis y la designó como «escorbuto de las encías», pensando que no era otra cosa que uno de los tantos síntomas de las enfermedades carenciales. *Magitot* en 1873 denomina a esta misma enfermedad «osteoperiostitis alvéolo-dentaria», pero después *Malassez* establece que el susodicho periostio alvéolo - dentario nada tiene de común con el periostio del hueso, que los medios de unión de las raíces al alvéolo son verdaderos ligamentos y que, por último, las relaciones del diente con el alvéolo son las de una verdadera articulación. Concepto hoy día aceptado por la mayoría de los patólogos bucales modernos.

Antes de *Fauchard Petronius* en 1565, *Ambrosio Pare* en 1585, hacen importantes estudios sobre la Patología y tratamiento de las lesiones velo-palatinas e inventan los primeros obturadores del velo, esbozos de los modernos aparatos de restauración protésica velo-palatina en uso en nuestros días.

Después de *Fauchard* citaremos a *Duchateau*, *Dubois*, *Fangi*, *Mouton Raspail*, quien formula el primero la teoría parasitaria como origen de la carie; *Tomes*, *Galippe*, *Broca*, en 1832 *Geoffroy de Saint Hilaire* que da el nombre de «anomalía a toda desviación dentaria del tipo primitivo»; *Cavalié*, *Retterer*, *Waldeyer*, *Schweitzer*, *Monier*, *Forget*, *Boedecker*, *Aguilhon de Sarran*, *Buckley*, *Arkovy*, *Neuman*, *Lannelongue*, *Black*, *Bretonneau*, *Cornil*, *Ranvier*, *Salter*, *Miller*, *Warthon*, *Stenon*, *Mozert*, *Hutchinson*, *Rivinius*, *Pietri*, *Dempe*, *Recklinghausen*, *Fleiscmam*, *Frey*, *Ruppe*, *Godon*, *Weski*, *Roy*, *Guido Fiscer*, *Hans Moral*, *Wasmund*, *Suersen*, *Kantorowicz*, *Lebedinsky*, *Schoosser*, *Ostwakt*, *Carabelli Dechaume*, *Gerard Maurel*, *Chompret*, etc. etc. etc., todos ellos, sabios eminentes, que consagraron sus vidas al estudio y a la investigación de los interesantes y graves problemas de la Patología Estomatológica.

Es importante hacer notar que estos sabios ilustres, para sus estudios e investigaciones, no contaron con aparatos de Rayos X,

pulpómetros, diagnoscopías, exámenes de laboratorio, clínicos y biopsias etc., y, a pesar de la carencia de medios, fueron visionarios y estudiosos que nos han dejado la preciosa herencia de sus conocimientos, de sus estudios y de sus descubrimientos, que si bien es cierto, muchos de ellos ya no tienen el valor que se les asignó en un principio, porque la ciencia no es estática, sino eminentemente evolucionadora y, lo que hoy se aplaude como una verdad incontrarrestable, mañana se desecha porque otro concepto ha venido a reemplazar con más base científica lo que, en un momento, se consideró inamovible, pero, también es cierto, que no por ello debemos olvidar, jóvenes alumnos, a estos hombres que, al través de la historia del mundo, venciendo en muchas ocasiones, obstinadas creencias religiosas o políticas, luchando a brazo partido con la vida, sufriendo a veces el desprecio de la ciencia oficial ortodoxa, sólo tuvieron como norma de su actuación, el perfeccionamiento de una ciencia y de un arte que amaron por sobre todas las cosas, posponiendo sentimientos de nacionalidades, conceptos raciales, dogmas religiosos o creencias políticas en aras de un ideal, de un supremo ideal: el ritmo creciente de la Odontología y de la Patología Estomatológica.

Y, antes de terminar, evoquemos la venerable figura del verdadero fundador de la Odontología Chilena, el hombre que puso su vida, su entusiasmo, su dedicación, a formar en Chile, de una carrera de segundo orden, en la que no figuraba en sus programas sino la técnica de las clínicas, el estudio de los ramos básicos: la Patología, la Fisiología, la Bacteriología etc., el que creó en nuestro país la especialidad de la Cirugía Bucal, el verdadero y genuino fundador el profesor doctor *Germán Valenzuela Basterrica* (Q. E. P. D.), quien hábilmente secundado por el profesor doctor *Arturo Sierra* (Q. E. P. D.), también de recordada memoria, son los pedestales en que descansa el edificio de la *Odontología Chilena*.

* * *

Como habéis oído, el estudio de la *Patología Estomatológica* no data de ayer, tiene siglos de existencia, miles de hombres se han quemado las pestañas en los laboratorios, en los oculares de los microscopios, frente a los matraces donde la Química efectúa sus prodigiosas reacciones, velando a la cabecera de los enfermos, en la penumbra de las viejas salas de Rayos X, y, todos, con el mismo ideal de hacer grandes a la Estomatología y, al mismo tiempo dejar a las generaciones del futuro, ávidas de saber y de perfeccionarse, la brillante herencia de sus trabajos y de sus investigaciones.